

LAS ORACIONES DEL SEÑOR EN LA LITURGIA

P. FARNES

El título que encabeza este artículo puede parecer, a primera vista, extraño. Porque si bien estamos muy habituados a hablar de la “Oración del Señor”, al hacerlo acostumbramos a usar siempre el singular y a referirnos exclusivamente a una única fórmula de plegaria, el Padre nuestro. Es esta oración, que aprendimos ya en la niñez, pero únicamente ella, la que calificamos habitualmente como la “Oración del Señor”. Así parece que se veía ya nuestra cuestión a mitades del siglo III cuando San Cipriano titulaba su comentario al Padre nuestro -el célebre tratado “De dominica oratione” (Sobre la oración del Señor)- presentándolo como si se tratara realmente de la única plegaria que nos viene directamente del Señor, de “su” oración en sentido exclusivo.

1. Jesús y la oración en el Nuevo Testamento

Empecemos diciendo que, si bien en el Nuevo Testamento la figura de Jesús relacionado con la plegaria aparece con frecuencia, no es tan habitual, en cambio, la especificación de sus modos concretos de orar. La primera constatación que podemos hacer al respecto es que los evangelios nos presentan muchas veces a Jesús sea orando, sea hablando con sus discípulos sobre las cualidades de la oración. El Señor ora, por ejemplo, después de su bautismo, ¹ antes del llamamiento de los apóstoles, ² en la multiplicación de los panes, ³ cuando pasa la noche en oración, ⁴ durante su transfigura-

1 Lc 3,21-22.

2 Lc 6,12.

3 Mt 14,19; 15,36; Mc 6,41; 8,7; Lc 9,16; Jn 6,11

4 Lc 6,12.

ción,⁵ en la curación del sordo-mudo,⁶ en la resurrección de Lázaro,⁷ antes de pedir la confesión de Pedro,⁸ cuando los discípulos regresan de la misión,⁹ cuando bendice a los niños,¹⁰ cuando ora por Pedro,¹¹ etc. Como maestro de oración Jesús enseña que la oración es necesaria,¹² que debe ser humilde,¹³ atenta,¹⁴ perseverante y confiada,¹⁵ pura de intención,¹⁶ etc.

2. Las oraciones enseñadas por Jesús

Pero además de dar ejemplo de oración y de advertir sobre las cualidades de la misma, Jesús manda a sus discípulos una fórmula concreta o mejor dicho -como luego veremos- unas maneras concretas de plegaria. El Padre nuestro¹⁷ figura, sin duda entre estas fórmulas. Pero, ¿fue ésta la única oración que Jesús enseñó a sus discípulos o les transmitió además alguna otra forma concreta de plegaria? A este interrogante es preciso responder afirmativamente. La Iglesia ha recibido *del mismo Señor*, por lo menos, dos fórmulas de oración: el Padre nuestro, por una parte, y la Plegaria eucarística por otra. Dos oraciones que, desde sus orígenes, la Iglesia ha usado fiel y constantemente porque ha creído que ambas las ha recibido del mismo Señor.

3. El Padrenuestro, oración del Señor

Que el Padre nuestro sea una oración que proviene del Señor no ofrece ninguna duda. Los evangelios de Mateo y de Lucas nos presentan inequívocamente esta oración

-
- | | |
|----|--------------------------------------|
| 5 | Lc 9,28-29. |
| 6 | Mc 7,34. |
| 7 | Jn 11,41 y ss. |
| 8 | Lc 9,18. |
| 9 | Mt 11,25ss; Lc 10,21ss. |
| 10 | Mt 19,13. |
| 11 | Lc 22,32. |
| 12 | Lc 18,1. |
| 13 | Lc 18, 9-14. |
| 14 | Lc 21,36; Mc 13,33. |
| 15 | Lc 11,5-13; 18,1-8; Jn 14,13; 16,23. |
| 16 | Mt 6,5-8; 23,14; Lc 20,47; Jn 4,23. |
| 17 | Mt 6,9-13; Lc 11,2-4. |

como una plegaria salida de los labios de Jesús.¹⁸ En todo caso la dificultad aquí podría venir por el extremo opuesto; si se llegara a creer que, del hecho de que los evangelios narren que el Padrenuestro fue enseñado por Jesús se sacara la conclusión de que incluso cada una de las palabras y expresiones de esta oración dependen directa y literalmente del Señor. Juzgar con esta perspectiva la relación que media entre el Padre nuestro y las enseñanzas del Señor sería a todas luces exagerado e inexacto. Que el Padre nuestro sea una plegaria enseñada por el Señor no quiere decir pues -como algunos quizá se sienten inclinados a creer- que las mismas palabras y expresiones de esta plegaria, tal como las recitamos hoy, sean literal y exactamente las mismas palabras que salieran de la boca de Jesús.

4. Con que criterios debe entenderse que el “Padrenuestro” es la oración del Señor

Al decir que el Padrenuestro es la oración del Señor la afirmación debe entenderse de la misma forma y con los mismos criterios con los que se atribuyen al Señor las restantes expresiones que el evangelio pone en sus labios. Todo lo que los estudios bíblicos demuestran sobre la relación que se da entre las enseñanzas de Jesús y la redacción final de los textos del Nuevo Testamento ha de aplicarse también al Padrenuestro.

El Señor -que ni escribió nada, ni mandó a sus discípulos escribir sino predicar- anunció el evangelio oralmente. Y es entre estas enseñanzas orales de Jesús donde figuró también el modo de orar y los contenidos que debía tener la plegaria de los cristianos. Los discípulos de Jesús, pues, recordando las enseñanzas del Maestro, predicaron lo que de él habían escuchado, también naturalmente lo que él dijera y enseñara sobre la oración.

En una etapa posterior, cuando la doctrina evangélica había arraigado ya en las comunidades cristianas, algunos de los apóstoles (Mateo y Juan) y otros discípulos (Lucas y Marcos) pusieron por escrito el resumen o esquema de las principales enseñanzas de Jesús -entre ellas también el resumen de sus enseñanzas sobre el contenido de la oración- tal como venían anunciando desde los orígenes de la predicación evangélica los que habían sido testigos de su predicación.¹⁹ Así, a través de esta predicación de los discípulos y bajo la inspiración del Espíritu Santo, fue consignada finalmente en el Nuevo Testamento la instrucción de Jesús sobre las peticiones que los discípulos debían presentar a Dios en la oración: este resumen es, pues, lo que hoy llamamos el “Padrenuestro”.

18 Mt 6,9-13; Lc 11,2-4.

19 Cf. Lc 1,1-3.

Una prueba inequívoca de que Jesús dió únicamente el contenido central -las “ideas” o el esquema si se quiere- del Padrenuestro, no en cambio sus mismísimas palabras, es el hecho de que los evangelistas nos transmiten dos formulaciones diversas de la oración del Señor que concuerdan en parte de su contenido,²⁰ pero que, por el contrario, difieren bastante en sus expresiones materiales.

Cuando los discípulos interrogan al Señor sobre el contenido que debe tener la plegaria Jesús les dice, tal como él mismo había anunciado o anunciaría en otros lugares y circunstancias como parte de su evangelio, que la orar deben dirigirse a Dios como a Padre,²¹ que deben pedir y buscar la venida de su reino por encima de las demás necesidades,²² que han de pedir, como de ello él mismo daría ejemplo en su agonía,²³ el cumplimiento de la voluntad de Dios sobre la propia, que deben contentarse con el pan de cada día, sin preocupaciones exageradas por el mañana,²⁴ que deben perdonar las ofensas a los enemigos,²⁵ etc. Recordando, pues, y resumiendo todo este conjunto de enseñanzas, los evangelistas dicen -y con exactitud y verdad- que el Señor les mandó que, al orar, dijeran: “Padre nuestro, venga tu reino, hágase tu voluntad...”.

Es esta adecuación entre las enseñanzas de Jesús y las dos fórmulas de la oración dominical que figuran en los evangelios lo que nos obliga decir, sin faltar a la verdad, que el “Padrenuestro”, tanto en su redacción de Mateo como en la de Lucas, es realmente la oración enseñada por Jesús. Pero evidentemente ello está muy lejos de significar que nosotros repitamos las mismísimas palabras que dijo el Señor, palabras que nunca sabremos literalmente cuáles fueron. Con referencia además a la materialidad de las palabras y expresiones del Padrenuestro, aún podemos añadir que, por lo menos es muy probable, que el Señor hablara sobre el contenido de la oración y enseñara a los discípulos los modos que debía tener la plegaria en más de una ocasión y con palabras materialmente diversas.

5. El Padrenuestro en la liturgia cristiana

Desde los más remotos orígenes de la Iglesia los cristianos repitieron ciertamente, con respeto y con relativa frecuencia el Padrenuestro que figura en los evangelios -preferentemente según el texto de Mateo- como oración heredada del Señor. En uno de

20 De hecho Mateo recuerda 7 peticiones, Lucas, en cambio, sólo 5.

21 Cf. Mt 23,10.

22 Mt 4,17.

23 Mt 26,42; Lc 22,42.

24 Mt 6,34.

los documentos más antiguos del cristianismo, la Didajé (aproximadamente del año 100), ya se recomienda a los fieles rezarlo tres veces al día.²⁶ Un poco más tarde san Policarpo (aprox. +154) parece que exhorta también a que se rece el Padrenuestro.²⁷ Pero en estos casos se trata, con todo, no de una plegaria rezada en común sino de una oración personal de cada cristiano.

Por lo que se refiere al Padrenuestro en el interior de la liturgia la cosa es, en cambio, distinta. Probablemente en el siglo III Tertuliano se refiera ya al uso litúrgico de esta oración en el bautismo.²⁸ Con referencia a la liturgia eucarística, aunque parezca extraño, testimonios del Padrenuestro rezado en la Misa no los hayamos hasta mitades del siglo IV.²⁹ Ni en la celebración Eucarística que figura en la Tradición de Hipólito (+235), ni en la larga y detallada descripción de la misa que leemos en las Constituciones Apostólicas (s. IV), ni por supuesto en ninguno de los dos relatos que sobre la celebración eucarística nos ofrece Justino (+163) hay la menor alusión al Padrenuestro recitado en el interior del rito eucarístico. En todos estos escritos figura sí la oración eucarística pero no el Padrenuestro, prueba evidente de que éste tardó mucho más en incorporarse a la misa.

Para ver el Padrenuestro incorporado a la celebración eucarística hemos de esperar hasta mitades del siglo IV. En esta época lo vemos aparecer progresivamente tanto en Oriente como en Occidente. En Oriente figura, por ejemplo, en las Catequesis mistagógicas de Jerusalén,³⁰ en la Liturgia de Santiago³¹ y en la Liturgia de los Doce apóstoles;³² en Occidente atestiguan este uso, por ejemplo, San Jerónimo³³ (+419) y San Ambrosio³⁴ (+397).

Subrayemos que el hecho de la tardía incorporación del Padrenuestro a la liturgia

25 Mt 5,7; 6,14-15; 18,23-35; Mc 11,25.

26 VIII, 3.

27 Filp. 6,2).

28 Cf. HAMMAN, *Le Pater expliqué par les Pères*, Editions franciscaines, París 1962, pág. 13.

29 Con todo las Constituciones Apostólicas que son de este mismo tiempo y que atestiguan el uso del Padre nuestro, no aluden a que se rece esta plegaria en la liturgia eucarística.

30 V, 11.

31 Cf. *Liturgie de saint Jacques*, ed. MERCIER, París, 1946, pág. 111.

32 Cf. *Liturgie des Douze apôtres*, edic. RAES, Roma 1946, págs. 252-254.

33 Dial. contra Pelag., 3,12 PL 23,665.

34 De Sacr. et de Myst, V, 18-29 y VI 24.

eucarística es importante: significa que los primeros cristianos -entre ellos los mismos apóstoles y sus testigos directos- atribuyeron mayor importancia a la Plegaria eucarística como oración del Señor que al Padrenuestro, pues cuando se reunían para celebrar su memorial, para repetir precisamente al mandato de Jesús en un contexto de plegaria, recordaban más al Maestro rezando y ordenando a los suyos repetir la Oración de acción de gracias que la plegaria del Padrenuestro.

6. La Plegaria eucarística, oración del Señor

Además del conocido relato en el que Jesús enseña como plegaria el Padrenuestro hay un segundo contexto evangélico, menos subrayado habitualmente, pero en el que el Señor manda también a los discípulos una *fórmula concreta* de oración: se trata de la cena celebrada en la víspera de su pasión. En esta memorable cena Jesús eleva al Padre una importante plegaria y, como mandara en otra ocasión repetir las peticiones del Padre nuestro, les manda también ahora repetir la plegaria que acaba de recitar. En esta solemne noche del Señor instituye el sacramento de su tránsito de este mundo al Padre y, en el transcurso de sus acciones simbólicas sobre el pan y el vino, recita también una importante oración. Es posible que la causa por la que esta plegaria que el Señor *manda* a sus discípulos, en épocas más tardías,³⁵ no se haya subrayado tanto como el Padrenuestro sea precisamente porque en el relato de la cena figuran además diversas acciones sacramentales, todas ellas también muy importantes; estas acciones sacramentales es posible que de hecho disminuyeran el subrayado de la Oración de acción de gracias como tal. Pero no puede olvidarse que la realidad es que también aquí el Señor transmite a los suyos una *forma concreta de plegaria*.

Como en caso del Padrenuestro Jesús da a los discípulos en esta ocasión, no la materialidad de las palabras que deben repetir sino únicamente el contenido -las “ideas”- de la plegaria que deben recitar. Este esquema -estas “ideas” centrales- de la nueva “Oración del Señor” figura también, como en el caso del Padrenuestro -aunque de forma menos desarrollada por las razones que luego explicaremos- en el Nuevo Testamento. Es más esta segunda plegaria la encontramos, no dos veces como el Padrenuestro (en Mateo y en Lucas), sino hasta cuatro: en Mateo,³⁶ en Marcos,³⁷ en Lucas³⁸ y en la I Carta

35 Vale la pena subrayar que en los tiempos más primitivos -antes del siglo IV como hemos visto- cuando el recuerdo del Señor era más cercano, era la Plegaria eucarística y no el Padre nuestro la oración que los fieles repetían cada domingo como “Oración del Señor”.

36 26,26-27.

37 14,22-24.

38 22,17-19.

a los corintios.³⁹ Además en los dos últimos de estos testimonios figura la orden explícita de que los discípulos deben repetir la oración que les ha enseñado el Señor: Jesús en efecto, cogiendo el pan, *pronunció la oración de acción de gracias* y luego añadió: *Haced vosotros lo mismo*, es decir, repetid esta plegaria que acabo de elevar a Dios.

7. La plegaria eucarística repetida por la Iglesia

De la misma manera que los fieles repitieron desde los orígenes el Padrenuestro,⁴⁰ lo propio aconteció con la Plegaria eucarística que les enseñara el Señor. Pero con una diferencia notable que conviene subrayar: el Padrenuestro se recitó sobre todo -quizá exclusivamente- como oración personal;⁴¹ la Plegaria de acción de gracias, en cambio, fue siempre comunitaria, se recitó siempre en el interior de la asamblea eucarística. Todos los relatos que tenemos de la eucaristía -empezando por San Justino que es la descripción más antigua de la celebración eucarística que haya llegado a nosotros- aluden o desarrollan la Plegaria eucarística públicamente recitada por el que preside ante la asamblea de los hermanos.

Personalmente pensamos que incluso el fenómeno de que el Nuevo Testamento desarrolle más ampliamente el contenido del Padrenuestro que el de la Oración de acción de gracias debe atribuirse precisamente al hecho de que, al ser la Plegaria eucarística siempre comunitaria mientras el Padrenuestro fue más bien oración personal, su tenor era más conocido por los fieles. Intentemos explicarlo mejor: los discípulos, a partir del domingo de la resurrección, se reunieron cada primer día de la semana para hacer el memorial de Jesús. Y en la asamblea repetían las mismas palabras y las mismas acciones que el Maestro les mandara, entre ellas la memorable plegaria de acción de gracias del Señor. Esta reunión dominical era ya habitual -por lo menos tenía ya unos 20 años-cuando empezaron a escribirse los relatos evangélicos. Si todos los fieles conocían ya bien el contenido de la Plegaria de acción de gracias porque la escuchaban cada domingo pareció suficiente aludir solo a ella sin necesidad de repetir su contenido: “Tomó el pan, *dijo la bendición...*”, “Tomo la copa, *pronunció la acción de gracias...*” Las “ideas” o el “esquema” de esta oración, sus expresiones concretas -seguramente muy pronto fijas y estereotipadas como las del Padrenuestro- no pareció necesario transcribirlas en los relatos del Nuevo Testamento pues se conocían muy bien por la práctica de la liturgia dominical. La simple alusión al hecho de que el Señor las recitó

39 11,23-26.

40 Véase lo que hemos dicho más arriba en el apartado 5.

41 Con este carácter aparece, como hemos indicado más arriba, en *todas* las fuentes antiguas.

bastaba. Y ésto únicamente fue lo que se transcribió en los relatos del Nuevo Testamento que han llegado a nosotros.

El caso del Padre nuestro era, en cambio, un poco diverso. Por los testimonios a los que hemos aludido más arriba⁴² resulta evidente que esta oración no era dicha en la asamblea sino más bien en privado. E incluso resulta posible -o probable- que únicamente los más “piadosos” realizaran el ideal de la plegaria asidua tal como lo propone, por ejemplo, la Didajé.⁴³ Por todo ello resulta por lo menos verosímil que los cristianos, en el momento de la redacción de los escritos del Nuevo Testamento, conocieran mejor el contenido de la Plegaria de acción de gracias, que escuchaban cada domingo, que el contenido del Padrenuestro que se les proponía únicamente como oración personal. Si ello es así resulta comprensible que las peticiones del Padrenuestro aparezcan ampliamente desarrolladas en el Nuevo Testamento mientras por lo que respecta al contenido de la Plegaria eucarística únicamente figure una breve alusión.

8. Uso y valoración de la Plegaria eucarística y del Padrenuestro a través de la historia

Llegados a este punto nos parece útil una reflexión sobre la visión que, a través de los siglos y hasta nuestros días, se ha tenido de estas dos importantes “Plegarias del Señor”.

Todos los testimonios de la antigüedad -lo hemos ya visto- subrayan la importancia de la Plegaria eucarística. Ella no solo es la más importante de las plegarias de la celebración eucarística sino incluso la única Oración que aparece en el rito de la Misa. De ella San Justino nos dirá que el que preside la recita “con todas sus fuerzas” y que el pueblo la ratifica aclamado, también con entusiasmo, un “Amén” conclusivo.⁴⁴

Luego va penetrando en la celebración -también lo hemos visto- la segunda Oración del Señor, el Padrenuestro. Y progresivamente esta segunda plegaria va relegando la Plegaria de acción de gracias hasta que, poco a poco, asume el carácter de “oración del Señor” a título, por lo menos teóricamente, exclusivo y se sitúa en la mentalidad de los fieles -e incluso en la práctica litúrgica-⁴⁵ por encima de la Plegaria de acción de gracias. Como, por otra parte, las peticiones del Padrenuestro figuran en el evangelio y las de la plegaria eucarística no, cada vez más cundiendo más la convicción de que la verdadera y única plegaria del Señor es el Padrenuestro.

42 Véase apartado 5.

43 Cf. nota 26.

44 Apol. cap. 65.

9. Un texto significativo de san Gregorio Magno

Dos textos -uno del inicio de la Edad Media, el segundo de finales de la Edad Moderna- nos parecen cristalizar bien este progresivo deterioro que de la Plegaria eucarística como “Oración del Señor” va arraigando en el pueblo cristiano. En esta visión empobrecida coinciden curiosamente dos personajes bien diversos: uno de los Papas que más prestigio dió a la Iglesia, san Gregorio Magno, y uno de los hombres que más la dañó sobre todo en su unidad, Lutero. Ambos viven ya muy lejos, como quizá muchos de nuestros fieles actuales ⁴⁶ de lo que fue en realidad la transmisión de las plegarias del Señor, primero a través de la misma vida de la Iglesia en oración y solo en un tiempo más tardío por medio de los escritos del Nuevo Testamento, e identifican exageradamente “Palabra de Dios” con “Escritos bíblicos”.

Oigamos primero a san Gregorio Magno en una carta remitida al obispo de Siracusa Juan:

“Debemos recitar el Padrenuestro inmediatamente después del Canon ⁴⁷ porque los apóstoles acostumbraban consagrar la eucaristía *recitando únicamente el Padre nuestro y las palabras de la consagración*. ⁴⁸ Por mi parte encuentro del todo incoherente recitar sobre la oblación la plegaria compuesta por un estudioso ⁴⁹ mientras olvidamos decir la oración que nos enseñó nuestro Redentor sobre su cuerpo y su sangre”. ⁵⁰

No puede resultar más evidente el poco valor que san Gregorio (+604) atribuye a la Plegaria eucarística y como la desvaloriza precisamente en provecho del Padrenuestro. Y ésto acontece ya a comienzos del siglo VII. Para Gregorio Magno el Canon no es más que la creación personal de un simple “scholasticus”. Del Padrenuestro, en cambio,

45 Véase lo que más abajo diremos sobre le pensamiento de San Gregorio Magno; y piénsese también en que durante siglos el Canon se ha recitado en voz secreta -e incluso recubierto por el canto del “Sanctus” y del “Benedictus”- mientras el Padrenuestro era solemnemente cantado.

46 Los que, por ejemplo, se ha extrañado del título plural de este artículo “*Las oraciones del Señor*”.

47 Para dar mayor relieve al Padrenuestro San Gregorio lo cambia incluso de lugar; antiguamente se recitaba después de la fracción del pan, inmediatamente antes de la comunión, casi a la manera de preparación personal a la comunión que fue como seguramente como entró en la misa. En el rito ambrosiano aún hoy la fracción del pan precede al Padrenuestro, como antes de San Gregorio.

48 Evidentemente que San Gregorio no podría aducir ninguna prueba para demostrar su aserto, desprovisto, como hemos visto, de toda verisimilitud histórica.

49 San Gregorio, que como más tarde Lutero, desconoce toda la tradición oriental y occidental sobre el origen y contenido de la plegaria eucarística, la cree simplemente inventada por un estudioso y, con un cierto aire de desprecio la tilda de “*precem quam scholasticus compuserat*”.

afirma sin ambages que los apóstoles lo recitaban -junto con las palabras de la consagración- para celebrar la eucaristía... Históricamente nada está más lejos de la verdad, pero las palabras de san Gregorio son un testimonio claro de como ya al inicio de la Edad Media se pierde la conciencia de que la Plegaria eucarística es “Oración del Señor”.

11. Lutero y la supresión radical del Canon

La máxima crisis que ha tenido la plegaria eucarística la encontramos en Lutero. Diez siglos después de Gregorio Magno, el hombre que por otra parte tanto se distinguió por su voluntad de ser fiel a la Escritura, cayó en el mismo error histórico en que tropezara san Gregorio y no comprendió qué las palabras del Nuevo Testamento que afirman que Jesús “dijo la bendición” o “pronunció la acción de gracias” se referían a una oración bien concreta, con un contenido tan determinado como pudieran serlo las peticiones del Padrenuestro.

Pero Lutero no solo minusvaloró, a ejemplo de Gregorio Magno, el Canon como composición de un simple “scholasticus” sino que llegó a acusar esta oración de blasfemia y lo suprimió en la celebración del culto divino. La razón de su actitud frente al Canon fue muy parecida a la que indujo a Gregorio Magno a atribuirle un papel secundario: la Plegaria eucarística, exceptuadas únicamente las palabras de la consagración, son para Lutero invención humana. Si Gregorio Magno atribuye las palabras del Canon a un simple “scholasticus”, Lutero irá más lejos y las atribuirá a los “impíos obispos y pastores” de una Iglesia recaída en una nueva cautividad de Babilonia. Oigamos sus violentas expresiones contra el Canon de la misa:

“Declaramos, en primer lugar, que nuestra intención no ha sido jamás la abolición absoluta del todo el culto divino, sino solamente la purificación en los usos actuales de todas las adiciones con que dicho culto ha sido manchado, de modo que aparezca como una práctica piadosa. No podemos negar, en efecto, que las misas y la comunión del pan y del vino son un rito divinamente instituido por Jesucristo y que los apóstoles después de él lo observaron simple y piadosamente, sin *añadir nada*... Pero cuando se ha introducido la libertad de añadir y cambiar... se han podido ver los altares y los santuarios de Baal y de todos los dioses colocados en el templo del Señor por nuestros impíos reyes, esto es, por los obispos y los pastores... *Me refiero al abominable Canon*, que es una colección de lagunas pantanosas...”⁵¹

Lutero quiso “purificar” la celebración eucarística de las manchas con que según él la habían maculado los impíos inventores del Canon. Y con la convicción de conservar

50 Ep. 12, PL 77, 956-957.

51 Texto citado en LE BRUN, *Explication de la Messe*, Paris 1778, vol. 7, pág. 15.

en ella solo lo que venía del Señor -las expresiones que hallaba literalmente en el Nuevo Testamento, es decir la consagración y el Padrenuestro- de hecho se alejó de lo que el Señor hizo y mandó a repetir a su Iglesia.

12. El hoy de la Plegaria eucarística como “Oración del Señor”

Actualmente, gracias principalmente a los estudios bíblicos sobre la Berajá judía y a las investigaciones litúrgicas sobre la Plegaria eucarística, conocemos mejor que san Gregorio y que Lutero la dependencia directa de la acción de gracias cristiana con referencia a la oración que recitó y nos mandó repetir el Señor en la víspera de su pasión. Pero quizá queda aún un importante aspecto a recuperar: la vivencia real y la actitud contemplativa de que en la Plegaria eucarística no solo repetimos la oración del Señor sino que incluso en esta plegaria, más que en ninguna otra oración cristiana, él esta presente en medio de los congregados en su nombre⁵² y ora junto a ellos como cabeza de su Iglesia a través del ministerio del obispo o presbítero que le re-presenta. Por ello el Canon no solo es, como el Padrenuestro, “Oración que nos dió el Señor” sino también la “Oración que el Señor recita en medio de nosotros” y a la que el pueblo se une con su “amén” creyente y vibrante como en el siglo II explicaba ya san Justino.⁵³ Para lograr esta vivencia cada vez más intensa hay que evitar toda una serie de “contrasignos” que a veces aún obscurecen algún tanto la más importante de las plegarias que los cristianos hemos recibido del mismo Señor. A esto vamos a dedicar la conclusión de este estudio.

13. Distinta naturaleza del Padrenuestro y de la Plegaria eucarística

El Padrenuestro y la Plegaria eucarística ambas son, como hemos visto, oraciones “del Señor”. Pero no tienen el mismo significado. La primera es primordialmente -no exclusivamente- oración de petición, la segunda de acción de gracias, aunque secundariamente contenga también algunas peticiones, sobre todo en sus adaptaciones más modernas.⁵⁴

El Padrenuestro se recibió sobre todo como modelo de oración más bien personal.⁵⁵ La Plegaria eucarística, en cambio, el Señor la dió -y siempre se ha usado- como oración comunitaria de la asamblea.

52 Mt 18,20.

53 Apol. cap. 65.

54 En la tradición primitiva de esta plegaria -según mismo Señor hiciera en la Cena- posiblemente sólo hubiera acción de gracias y memorial; en las versiones o adaptaciones que de la misa hacen las anáforas más antiguas sólo hay una petición: la de los frutos que deben sacar de la Eucaristía quienes participan en la misma; luego se van añadiendo otras peticiones en el interior de la plegaria.

El Padrenuestro es sólo oración. La Plegaria eucarística además de oración es también sacramento y consiguientemente va acompañada de acciones simbólicas.

El Padrenuestro cristaliza muy pronto de los escritos del Nuevo Testamento que nos ofrece dos versiones de esta oración. La plegaria eucarística, en cambio, se transmite más bien a través de la práctica litúrgica oral -más antigua que los escritos del Nuevo Testamento- y conserva una formulación fiel al Señor pero literalmente mucho más flexible. Como consecuencia -es preciso reconocerlo- por una parte queda más expuesta a perder su significado más auténtico⁵⁶ y por otra la variabilidad de sus formulaciones influye en que, cuando pasa el tiempo, no se tenga tanta conciencia de que su contenido es constante y debe recibirse como “oración del Señor”.

14. Lugar de la Plegaria eucarística y del Padrenuestro en la liturgia

De todo cuanto hemos venido diciendo pueden sacarse algunas conclusiones interesantes en vistas a clarificar un uso más equilibrado, expresivo y propio de las dos plegarias del Señor en el interior de la liturgia.

La primera conclusión es que la Oración de acción de gracias es la principal plegaria de la celebración eucarística. Como hemos visto - y a pesar de lo que pensaran san Gregorio y Lutero- en la primitiva práctica cristiana⁵⁷ el Padrenuestro no figuró nunca en la misa sino que en ella se rezaba únicamente la Plegaria eucarística.

15. Mejor recitar sin canto el Padrenuestro de la misa

Resulta urgente que nuestra liturgia responda y manifieste en la práctica la primicia que, tanto objetivamente como históricamente, tiene la Plegaria eucarística. La Plegaria eucarística debe aparecer siempre como la parte culminante por encima de

55 Aunque esté redactada en plural, los testimonios más antiguos -la Didagé, por ejemplo- no hacen del Padrenuestro una plegaria comunitaria. En la misa, como hemos visto, no parece recitarse antes del siglo IV.

56 Bajo este aspecto cabría dar una cierta razón a san Gregorio Magno que atribuía su composición, como hemos visto, a un “scholasticus”. No todas las redacciones que de esta plegaria del Señor ha conocido la historia son igualmente fieles al contenido de la acción de gracias que nos legó Jesús... La Iglesia como tal -en su vertiente universal en cuanto al tiempo y el espacio- ha conservado el contenido de la Plegaria del Señor, pero en algunas de sus formulaciones se han añadido a veces elementos no tan conformes a lo que nos confió el Señor. Esto vale tanto en cuanto a las anáforas antiguas como con referencia a las plegarias eucarísticas que hoy se pudieran componer... Podríamos decir incluso que éstas entre más “originales” sean más “peligrosas” resultan.

57 Entre estas comunidades hay que incluir sobre todo las de los testigos del mismo Jesús y las que fueron oyentes directos de los apóstoles.

todas las otras fórmulas y oraciones, ⁵⁸ incluso sobre el Padrenuestro. Por ello nos atrevemos a aconsejar como más expresivo -es una sugerencia personal- que en la misa se cante siempre por lo menos alguna parte de la Plegaria eucarística -la aclamación de después de la consagración y el “Amén” final sobre todo- y en cambio se tienda a recitar sin canto el Padre nuestro. Es una manera de subrayar el carácter culminante de la Plegaria eucarística y el matiz más bien de preparación personal a la comunión del Padrenuestro.

16. Procurar el canto del Padrenuestro en Laudes y Vísperas

Si en la Misa la Plegaria eucarística del Señor es el punto culminante de la celebración -como en el interior de esta Plegaria el punto culminante lo constituyen las palabras del relato- en la liturgia de las horas, en cambio, el punto culminante de la plegaria es la otra “oración del Señor”, el Padrenuestro. ⁵⁹ En el Oficio esta plegaria del Señor lleva a plenitud y plena expresividad la plegaria de los salmos y de las restantes preces. Por ello, a diferencia de la misa, recomendaríamos que en Laudes y en Vísperas el Padre nuestro se cantara siempre que resulte posible. Sería una manera expresiva de significar que en esta plegaria del Señor culmina la Oración de las Horas.

17. Algunos defectos que dañan la primacía que corresponde a la Plegaria eucarística

Terminemos aludiendo a algunos defectos frecuentes en la celebración que desdibujan la primacía que es propia de la Plegaria eucarística:

Prescindir del canto en la Plegaria eucarística: una primera práctica poco expresiva - y con todo bastante frecuente- que desvaloriza la Plegaria eucarística es el hecho de recitarla toda ella sin canto. ⁶⁰ Si mientras se canta el Padrenuestro, e incluso otras partes bastante más secundarias, el Canon se dice todo él rezado la preminencia de la Plegaria eucarística queda muy comprometida. Lo mismo pasa, si la Plegaria eucarística termina con un “Amén” mortecino, sin canto y sin vibración, y a continuación se canta el Padre nuestro -y quizá incluso el embolismo “Libranos, Señor”.

⁵⁸ En el apartado siguiente aludiremos a algunas prácticas actuales que no expresan ni responden suficientemente esta primacía de la Plegaria eucarística.

⁵⁹ Cf. “Instituto” General de la Liturgia de las Horas, núms. 101 y 194.

⁶⁰ Es evidente que si el celebrante no es capaz de cantar con cierta soltura -aunque hay que procurar que ello no pase, sobre todo con referencia a los nuevos ordenandos- es mejor que se limite a una *digna* proclamación del texto. Pero la asamblea por lo menos debería preferir siempre el canto de al menos algunas de las aclamaciones al de otras partes más secundarias (Padre nuestro, Señor ten piedad, Canto final, etc.).

Los concelebrantes no extienden las manos: otro detalle -éste materialmente muy pequeño pero no por ello menos significativo- “manifiesta” claramente como con frecuencia se valora menos la Plegaria eucarística que el Padre nuestro: nos referiremos al hecho de que en las concelebraciones muchas veces los concelebrantes extienden las manos en actitud orante durante el Padre nuestro mientras olvidan este gesto durante la Plegaria eucarística. ¿No están dejando traslucir con ello que dan al Padre nuestro un sentido superior de plegaria que el que conceden a la anáfora? ⁶¹

Gestos exclusivos de la Plegaria eucarística realizados ya en momentos cercanos a su inicio: aludamos aún a una tercera práctica que, a su modo, revela también una cierta minusvaloración de la Plegaria eucarística como tal: la “Institución” General del Misal afirma muy explícitamente que los concelebrantes se acercan a la mesa eucarística en el momento de empezar la anáfora, es decir, después del “Amén” que sigue a la oración sobre las ofrendas. ⁶² Este gesto realizado en su momento, no antes, subraya ante la asamblea celebrante el inicio de la Plegaria central de la celebración. Pero con frecuencia los concelebrantes se acercan ya al altar sea durante la preparación de los dones, ⁶³ sea durante la oración sobre las ofrendas, con lo que equiparan estas acciones o plegarias “menores” a la gran Oración eucarística. Situar un espacio de silencio, o unos acordes de música en las fiestas, o incluso una breve monición, ⁶⁴ realzaría el valor de la Plegaria eucarística por encima de las demás preces, en especial frente a lo que han sido las oraciones de la preparación de los dones, incluida la oración sobre las ofrendas.

16. A modo de conclusión

Hemos subrayado el valor de la Plegaria eucarística como “oración del Señor”.

61 La “Institución” General del Misal alude explícitamente a que los concelebrantes recitan las partes comunes de la Plegaria eucarística con las manos extendidas (núms. 174, 180, 184 y 188). De la extensión de las manos durante el Padre nuestro, en cambio, sólo se dice explícitamente que debe hacerla el celebrante principal; de que los concelebrantes deban realizar este gesto durante el Padrenuestro no se dice nada.

62 “Terminados los ritos del ofertorio los concelebrantes se acercan al altar y se colocan cerca del mismo” (núm. 167). Que la oración sobre las ofrendas forme aún parte de los ritos del ofertorio -y que, consiguientemente durante esta oración los concelebrantes deban permanecer aún en sus lugares- lo dice explícitamente la propia “Institución”: “Con la oración sobre las ofrendas se termina la preparación de los dones” (núm. 53). “Luego empieza la Plegaria eucarística, que es el centro y la culminación de toda la celebración” (núm. 54).

63 Según el Misal todos los gestos de la preparación de las ofrendas los debe realizar únicamente el celebrante principal *mientras los concelebrantes continúan en sus sedes* (“Institución”, núm. 166); durante el ofertorio, por tanto, sólo debe estar en el altar el celebrante principal (y el diácono o un acólito).

64 Esta breve monición, que eventualmente puede separar la oración sobre las ofrendas de la Plegaria eucarística, está explícitamente citada en la “Institución” del Misal (núm. 11).

La hemos comparado al Padrenuestro y hemos visto que ambas plegarias tienen los mismos títulos para ser consideradas como Oraciones del Señor. La Plegaria eucarística hemos visto que en cierto modo aventajaba al Padrenuestro porque además de ser plegaria es también fórmula sacramental. Pero, en cambio, no ha tenido la garantía que le da su cristalización en el Nuevo Testamento y por ello seguramente en la historia aparece algo más fluctuante su carácter de “Oración del Señor”.

En nuestros días además la identidad de la Plegaria eucarística como “Oración del Señor” adquiere un nuevo “riesgo”. El hecho de las “nuevas Plegarias eucarísticas” que van surgiendo. Su legitimidad -nos referimos evidentemente a las Plegarias aprobadas, no a las de origen privado-⁶⁵ no puede ponerse en tela de juicio pues a través de toda la historia esta Plegaria del Señor ha tenido formulaciones literalmente diversas. Pero ello no significa que su contenido sea libre, que puedan componerse Plegarias eucarísticas según las ideas o gustos de cada época o de cada comunidad. Porque la Plegaria eucarística en su contenido es la “Oración del Señor”. Cuando en el remoto siglo III Hipólito decía que “no era absolutamente necesario que el obispo en la Plegaria eucarística pronunciara las mismas palabras que figuraban escritas en el texto de la anáfora, sino que cada celebrante podía orar según sus capacidades”⁶⁶ añadía a continuación que, en todo caso, debía tratarse “de una plegaria de sana ortodoxia”.⁶⁷ Con ello admitía la variabilidad de expresión, pero rechazaba la diversidad de contenido.

Pero con el deseo de nuevas Plegarias eucarísticas, ¿no se pretende precisamente a veces “hacerlas más originales”, para que no suenen siempre a lo mismo? Aquí cabe preguntarse si unas formulaciones demasiado variadas y “nuevas” no pueden representar un peligro para la identidad propia de “Oración que nos legó el Señor”, cuya finalidad es siempre dar gracias por el misterio pascual de la salvación. Si por fidelidad al Señor no variamos el Padre nuestro -del que tampoco conocemos las palabras exactas de Jesús- ¿no puede resultar a la larga arriesgado desear una variación constante de las formulaciones cuyo contenido es siempre, no las ideas de aquel “scholasticus” que imaginaba San Gregorio -y que en hoy podemos ser realmente nosotros- sino el esquema que de esta oración nos dió el Señor y que si no figura en el Nuevo Testamento si que consta en la Tradición viva de las liturgias de la Iglesia?

65 La radical ilegitimidad de estas anáforas privadas cae por su propio peso. La Plegaria eucarística, como el Padrenuestro, es “Oración del Señor”. La asamblea simplemente la recibe y la repite, no la compone porque no es “su oración” sino la “Oración que recibió del Señor”. Cuando se trata de formulaciones aprobadas los responsables de la Iglesia garantizan, en cierta manera por lo menos, la conformidad de la Plegaria con la Oración que nos legara el Señor.

66 La Trad. Apost., n. 9, edic. Botte, p. 29.

67 Id.

Por nuestra parte hemos de confesar que Plegarias como la Anáfora II -que depende de la que escribió Hipólito en el siglo III- o en Canon Romano - que se conocía ya por lo menos en el siglo V- o las Plegarias III -que casi calca las líneas de algunas preces galicanas- o de la IV -que sigue el esquema de las grandes anáforas orientales- nos resultan mucho más expresivas, cercanas al Señor y garantizadas de que son conformes a su Plegaria que algunas de las anáforas que luego se han compuesto, quizá con aires de más “novedad”. Y nos alegramos -permítasenos esta confidencia- de que las llamadas anáforas del Sínodo suizo, o las de la reconciliación, o las de los niños, aparezcan solo a manera de Apéndice -no en el cuerpo mismo del Misal- y no figuren en la edición típica del Misal latino. Su uso puede resultar oportuno y expresivo en *alguna ocasión y para alguna circunstancia* -con este matiz excepcional nacieron- pero estas Plegarias están muy lejos, a nuestro juicio, de expresar plenamente la Acción de gracias de Jesús por el misterio pascual de su muerte y resurrección; por ello en la práctica no deberían usarse con la misma frecuencia con que se recitan las cuatro Plegarias que figuran en el cuerpo del Misal. Por algo aparecen solo a manera de Apéndice.